

GOLPE A LA UNIVERSIDAD

Domingo Román¹
domingo.roman@usach.cl

Diez años atrás, fui convocado en la Facultad de Letras para dar mi testimonio respecto del golpe de estado en Chile. En esa ocasión, leí mi testimonio de cómo viví ese momento en Conchalí, la comuna donde vivía, en la población Juanita Aguirre Cerda que, por tratarse de un sector popular y bastante allendista, tuvo muchos desaparecidos, asesinados y presos por la dictadura. Estaba en mis trece años. Seis años más tarde, entré a la Universidad Católica, Campus Oriente, a estudiar Pedagogía en Castellano.

Al entrar a la Universidad, me enteré de que ese espacio no había estado a salvo de la represión y de crímenes, como los que había conocido en la población. Jorge Ibarra, mi maestro, me contó la historia de quien fuera su ayudante y luego profesor del ramo llamado en ese tiempo *Ciencias Fónicas*, el profesor Ignacio Ossa, militante del MIR, quien fue asesinado por uniformados. Además de crímenes como este, hubo también mucha represión de variados tipos.

Entre los académicos, en los años 80, había un grupo significativo de personas que claramente añoraban la libertad. Básicamente, de la línea política demócratacristiana pues a los que se les suponía una vertiente de izquierda, los habían echado o ahuyentado y sus cargos fueron llenados con gente afín al régimen.

Era ostensible que los profesores más fieles al sentido de la academia lamentaban que esta universidad, habiendo tenido un pasado innovador y progresista, estaba intervenida y, producto de las designaciones por su ideología política, ya no tenía el nivel intelectual que ameritaba.

¹ Domingo Román Montes de Oca (Santiago de Chile, 1960). Actualmente es académico de la Universidad de Santiago de Chile. Es profesor de castellano por la Universidad Católica de Chile, magíster en lingüística por la Universidad de Chile y doctor en lingüística y comunicación por la Universidad de Barcelona. Fue profesor de la actual Facultad de Letras durante 20 años, fundador del equipo de fútbol Lingüística Fútbol Club y gestor del Laboratorio de Fonética de la Facultad de Letras. Ha publicado numerosos artículos en el área de la fonética acústica del español de Chile y ha colaborado, externamente, en la formación de doctores en lingüística de la Pontificia Universidad de Chile, magísteres en fonoaudiología de la Universidad de Chile.

En la confianza que hicimos en ese tiempo, nos contaban cómo el golpe implicó un retroceso enorme respecto de lo que se venía haciendo académicamente hasta el año 1973. Se interrumpió abruptamente una forma de trabajar que unía a profesores y estudiantes, estudiosos de la literatura, escritores y lingüistas. Este relato me lo refrendó un día Adriana Valdés en tanto exprofesora.

La presión que se cernía sobre los académicos tenía muchas caras. Una de ellas me tocó conocerla en persona. Fui ayudante de Jorge Ibarra y en una ocasión no le llegaba su nombramiento de Jefe de Departamento porque la segunda autoridad de la Universidad consideraba que el profesor tenía un ayudante “peligroso” porque había estado preso por razones políticas. Se refería a una detención por el primero de mayo de 1979 que me significó 16 días de prisión, principalmente en la Penitenciaría de Santiago. Esto se lo señaló el Director del Instituto de Letras de ese momento a mi profesor. Fue un recado de la autoridad, como para decirle que cambiara de ayudante o que ‘tuviera cuidado’ con trabajar con personas opositoras al régimen. Sin embargo, Jorge Ibarra no aceptó que me cuestionaran y en un gesto laboralmente muy peligroso insistió en mi designación. Finalmente fue ratificado en su cargo. Ese ejemplo de dignidad y valentía, nunca más lo he vuelto a ver en mi vida.

Entre los académicos, como se ve, había gente demócrata y valiente en quien confiar, ciertamente; pero eran pocos y sobre ellos estaba siempre el peligro de que los exoneraran (palabra que se puso de moda en ese tiempo). Las exoneraciones se hacían en febrero de tal modo que cuando uno llegaba en marzo se enteraba de que a tales profesores ya los habían despedido. Todos los años pasaba lo mismo. Todo esto alentado por los profesores que cumplían la función de informantes de la autoridad. En una ocasión se supo de una profesora que llamó al rector del momento, un almirante, para avisarle que había una manifestación y que estaban gritando consignas contra el gobierno. Alguien la escuchó pues su voz traspasaba los tabiques de su oficina en el Campus Oriente. Esa misma persona, según se decía, era también delatora de sus colegas. Ella había sido instalada ahí para eso.

Los centros de estudiantes eran nombrados por las autoridades. Los diarios murales que lográbamos montar –recuerdo *El Juglar de Oriente*, que siempre tenía décimas subversivas– eran prohibidos bajo el pretexto de que no sería bueno que aparecieran visiones diferentes en la universidad. Fue una época tenebrosa pero con luz al fondo del camino. Los estudiantes éramos solidarios, éramos audaces, éramos valientes y aprendimos a ser creativos.

Entendimos que estudiar responsablemente era parte de la lucha política que dábamos. Era inconcebible estar por derrocar a la dictadura y ser al mismo tiempo el resultado de la mediocridad que la misma dictadura quería imponer. Leíamos a Roberto Hozven prácticamente en la clandestinidad. Tiempo después, el autor se sorprendió mucho cuando, ya de colegas, le conté esto. Nos resistíamos a aceptar los tratamientos escolares de los temas, fórmula a la que acudían especialmente los profesores impuestos

por el régimen. No aceptábamos la premisa de que estábamos “para estudiar y no para meternos en política” pues no lo veíamos como excluyentes: estudiar era una acción política. Inventamos el concepto de “resistencia académica”, siguiendo el precepto inspirador de Allende de que el dirigente universitario debe ser en primer lugar un buen estudiante universitario. No saber de teoría literaria o de lingüística o no conocer algún autor en sus fuentes, para nosotros, era ser cómplices.

La política era clandestina y riesgosa y, obviamente, la militancia estaba prohibida. En las calles circulaban autos con vidrios polarizados y personas de lentes oscuros con armas en sus manos: agentes de la CNI (la policía política de la época) amenazantes. Probablemente entre los compañeros de carrera también había delatores. Cuesta desde el presente imaginar ese paisaje social lleno de desconfianza, de temor, de inseguridad. Muchos compañeros de la Universidad sufrieron detenciones arbitrarias y vejaciones inimaginables hoy día.

Es casi un lugar común el miedo de las dictaduras a los intelectuales; por ese miedo, el golpe a las universidades fue de magnitud considerable.

Al terminar los estudios de mi carrera de profesor (no sin la obstrucción activa de ciertos personajes de la época de la Facultad de Educación y con la defensa irrestricta de mis profesores del Instituto de Letras) hice un magíster en la Universidad de Chile e hice clases en muchos institutos y universidades privadas. En ese momento, las puertas laborales de la Universidad Católica, mi alma máter, estaban cerradas para mí. Mucho tiempo después, ya en democracia, gracias a un casual encuentro con el profesor y escritor Jaime Hágel, volví a mi casa de estudios como profesor y terminé haciendo la asignatura de mi inteligente, culto y valiente maestro, don Jorge Ibarra. Difícil pero inspiradora tarea.

La recuperación de la vida académica normal fue un proceso difícil. La comunidad tuvo miedo hasta mucho tiempo después. El autoritarismo en el mundo universitario quedó alojado en muchos espacios como parte de la cultura y de la convivencia, algo se ve facilitado en una institución en que la jerarquía cumple un papel fundacional. En algún momento escribí unos romances simulando el castellano antiguo que aludían no tan sutilmente a la detención del dictador en Londres. Tuve la sigilosa audacia de clavarlos en un panel del Instituto de Letras. En menos de 15 minutos ya había desaparecido. Aún quedaban de esas personas impuestas para cumplir la tarea de censurar y de vigilar. Y alguna quedó hasta no mucho tiempo atrás. Hoy día en la Universidad Católica y en todas las universidades del país hay otros problemas pero no existe la posibilidad de que te echen por ser de izquierda o que te objeten académicamente por haber tenido una prisión política.

Se respira libertad en el tiempo presente y es maravilloso. Es un estado que debemos celebrar siempre y no perder de vista que fue una conquista llena de heroísmos y llena de dolores también. Nunca he estado de acuerdo con quienes critican los tiempos posdictadura diciendo que nada ha cambiado o que hubo “continuidad”. Eso

es, como se desprende de mi relato, falso. Se necesitan más cambios, sin duda. Algunos tenemos la esperanza de que se realicen transformaciones profundas que ya son conscientes. Pero cuando, en un ejercicio de memoria, uno recuerda el bombardeo a La Moneda, el asesinato por razones ideológicas, persecución física y académicas a los estudiantes, se da cuenta de que son dos universos totalmente diferentes.

Afortunadamente, hoy podemos recordar ese tiempo en un relato como este y como el que hice diez años atrás.

Agradezco, a la misma Universidad que me excluyó en ese mal período, la oportunidad que me dio después para ser parte de ella. Agradezco la invitación de hace diez años para recordar el once de septiembre y la invitación actual para publicar este texto. Una universidad sin libertad es una caricatura de sí misma y es tarea de todos sus integrantes seguir ensanchando las avenidas grandes del pensamiento.